

Popper en Madrid

«Disecamos moscas —dijo el filósofo—, medimos líneas, reunimos números, estamos de acuerdo sobre dos o tres puntos que conocemos y disputamos sobre dos o tres mil que no conocemos» (Voltaire, *Micromegas*).

Aún en nuestros días es fácil comprobar la existencia de filósofos, y también de científicos, que creen que los límites de la razón se identifican con los de su propia concepción del mundo. Desgraciadamente, el ocultamiento y la tergiversación de datos es, todavía hoy, una práctica usual. Actitud que no es más que la vertiente práctica de una postura intelectual dogmática e intolerable. Por eso resulta estimulante encontrar un hombre cuya vida y pensamiento podría definirse como la antítesis del dogmatismo, un pensador dispuesto a defender las ideas por su fecundidad y no por su adecuación al saber establecido. Un autor que supedita la certeza a la audacia en la construcción de teorías, un hombre sin miedo a equivocarse, pues para él, son las teorías más audaces, incluso las erróneas, las que nos enseñan. Nadie está libre de cometer errores; lo grande es aprender de ellos. Este ejemplo ha sido para los filósofos y científicos del siglo xx, K. R. Popper. Como reconocimiento a sus valiosas aportaciones a la historia del pensamiento se celebró en Madrid, del 6 al 9 de noviembre de 1984, un simposio internacional sobre su obra.

Durante cuatro días se habló allí sobre Ciencia y Sociedad, sobre Física y Biología, sobre el mundo de las ideas y el mundo de los hombres. La diversidad de temas tratados, así como la heterogeneidad del público asistente, constituyeron una clara prueba de la amplitud y vivacidad del pensamiento popperiano. No obstante, por debajo de esa pluralidad destacaba un evidente afán motivador: la búsqueda de la verdad a través de la discusión crítica y racional. Con la presencia de destacados especialistas en la obra de Popper, se fueron sucediendo en las sesiones del simposio los principales temas que han sido objeto de reflexión por parte del filósofo austríaco.

En el acto inaugural se contó con la presencia del propio K. R. Popper, que planteó su conferencia como un análisis del papel de los intelectuales. Señaló a éstos como los culpables de las múltiples matanzas que se han cometido a lo largo de la Historia en nombre de las ideologías. Seguidamente, realizó una llamada de atención sobre los peligros que entraña la adopción de ciertas modas intelectuales vigentes en la ciencia actual y, en concreto, en los campos siguientes: la Sociología, con la nefasta pretensión de definir la verdad como acuerdo social; la Psicología,

a la que acusó de un materialismo inaceptable puesto que es, por definición, la más humana de las Ciencias; y a la Física, donde una actitud, a la que calificó de «espiritualista», impide elaborar interpretaciones fecundas de los últimos hallazgos experimentales. Indudablemente, el abandono del realismo es para Popper la consecuencia más inaceptable de esta postura. Negar la realidad supone negar el propio objeto de la Física. ¿Cuál sería su campo entonces? Aceptando la posición de Heisenberg, llegamos a un solipsismo que conduce al silencio y a la anulación de la Física como ciencia explicativa de los fenómenos de la naturaleza. La Física se niega a sí misma y, con ello, niega la posibilidad de alcanzar la verdad, objetivo último de toda indagación intelectual. Así, por el camino de la negación del conocimiento objetivo llegamos a nuestra propia autoanulación, puesto que el sujeto sólo puede afirmar su existencia desde su libertad, y sólo puede llegar a ser libre si existe la verdad. No hay libertad si no hay verdad; y éste es un problema intelectual, dijo Popper. Nosotros nos atreveríamos a ir más lejos: en estos conflictivos momentos de 1985 es también un problema existencial, de supervivencia.

La charla ofrecida por K. R. Popper fue sugerente, pero la generalidad del tema y su improvisación —*él mismo manifestó haber elegido el tema de su intervención mientras tomaba café esa misma tarde*— impidieron profundizar en una problemática concreta, lo que obstaculizó, a su vez, que se centrara convenientemente el coloquio desarrollado a continuación. Esta situación fue aprovechada por los participantes para plantear al conferenciante las más diversas dudas sobre su postura intelectual. Sin embargo, debido a la heterogeneidad de las preguntas y a la *actitud poco predispuesta al diálogo* del propio Popper, no se llegó a una confrontación de opiniones fructíferas. Parece que Popper no se planteó en ningún momento la posibilidad de un diálogo «de tú a tú» con los asistentes. En conjunto nos dejó la impresión de un «maestro» lejano que improvisaba ante un conjunto de filósofos-científicos aficionados.

La segunda sesión se centró en torno al tema de la sociedad abierta. Como se refleja en una de sus obras más conocidas, *La Sociedad abierta y sus enemigos* (1950), una preocupación central en el pensamiento de Popper ha sido la reflexión sobre los sistemas sociales y su decurso histórico, adoptando como principio fundamental la crítica intelectual y la tolerancia ideológica y, consiguientemente, la condena de los sistemas totalitarios.

En esta línea se inscribe la conferencia de D. T. Campbell, interesante por lo inaudito de su intento: configurar una sociedad abierta donde se llevasen a cabo «experimentos» sociales. Se trataba, en suma, de compatibilizar la idea de una sociedad libre e innovadora con la de una sociedad experimentadora. Esto supondría una extensión de la epistemología del método experimental al campo de las ciencias sociales. La comunidad social sería una réplica de la comunidad científica, y, al igual que en las distintas ciencias se poseen baremos de evaluación de los resultados logrados en la experimentación, la nueva comunidad tendría que evaluar de forma organizada sus innovaciones. Siempre dentro del marco conceptual popperiano, D. T. Campbell realizó una descripción detallada de esta sociedad «ideal» en la que los individuos se definen básicamente por su carácter de buscadores de la verdad.

Una réplica al proyecto presentado por D. T. Campbell fue la intervención de Víctor Pérez Díaz, que subrayó la necesidad de fijar límites a la experimen-

tación social dirigida por un grupo minoritario. Si la política ha de entenderse como una experimentación social sometida a la constante evaluación crítica de los especialistas, si la sociedad experimentadora requiere una planificación desde el poder, corremos el grave peligro de que la comunidad se vea dominada por una élite privilegiada. Como posible solución, V. P. Díaz apuntó la instauración de la práctica de estos experimentos dentro de un marco mucho más global: el debate y la argumentación moral.

En la tercera sesión, las ponencias presentadas se centraron en un campo científico concreto: la Biología, girando en torno al pensamiento neodarwinista, siempre en conexión con las aportaciones de Popper en este ámbito. Popper, uno de los filósofos que más se ha ocupado de las teorías evolucionistas, se ha servido del darwinismo, al que también ha contribuido con aportaciones originales (aunque al parecer no acertadas desde el punto de vista biológico), para elaborar una concepción evolucionista del desarrollo del conocimiento puro.

La primera intervención fue la realizada por C. L. Fanjul. Una conferencia muy clara, que supuso un notable esfuerzo de divulgación por parte de un especialista en Biología. Presentó un panorama actual del neodarwinismo y su base teórica, prestando particular atención a la fuerza predictiva de la teoría contra la consideración de Popper del neodarwinismo como un «programa metafísico de investigación». Para este último autor, el darwinismo no es una teoría científica contrastable, sino un posible marco conceptual para teorías científicas concretas y contrastables. Así, Popper niega carácter científico al neodarwinismo debido a que le atribuye incapacidad predictiva respecto a dos consecuencias fundamentales del fenómeno de la evolución de las formas vivientes: la adaptación y la especificación. Por el contrario, para C. L. Fanjul, el proceso evolutivo es susceptible de predicción, en mayor o menor grado, si conocemos las fuerzas actuantes sobre los acervos genéticos. Es una tarea difícil, pues existen una serie de inconvenientes técnicos para valorar la magnitud de estas fuerzas, pero ello no constituye un obstáculo insalvable, puesto que cada día resulta más fácil prever los cambios ambientales que ocurren en la Tierra y de ellos depende en gran parte la presión de selección natural a la que se ven sometidas las poblaciones de las diversas especies.

La siguiente ponencia, presentada por P. Schwartz, puso de relieve el carácter darwinista del pensamiento de Popper. Este autor señaló un rasgo del pensamiento popperiano que él caracterizó como paradójico: mientras hay en él una marcada e innegable huella del evolucionismo, el propio Popper subraya constantemente en su obra el carácter incontrastable de la Teoría de la evolución.

A continuación, C. J. Cela Conde, desde un profundo conocimiento de la Biología, puso en conexión el pensamiento evolutivo y el biológico con motivo de la fundamentación evolucionista de un programa emergentista para la ética. Proyecto a realizar dentro de un entramado sociobiológico, esto es, interdisciplinario entre la Biología y la Sociología.

Hans Albert se repitió una vez más a sí mismo. Sus ataques furibundos a las escuelas alemanas no-popperianas devolvieron al auditorio a la famosa, pero ya lejana, «Grundlagenstreit» de principios de la década de los años 70. Su manido trilema del Barón de Münchhausen y la adopción de la postura epistemólogo-evolucionista fueron sus «grandes» aportaciones.

Quizás lo más destacado de esta jornada fuese la polémica suscitada por

alguna de las tesis mantenidas. Se puso de relieve la vigencia del neodarwinismo y el gran interés que existe en la actualidad por las cuestiones planteadas desde los asombrosos avances de la Biología. A destacar, el profundo y firme cuestionamiento de las categorías sociobiológicas. A pesar de las continuas manifestaciones de sus defensores afirmando que la Teoría Sociobiológica no sostiene que la conducta social humana esté totalmente determinada por los genes, los estudios particulares desde esta perspectiva dejan cada vez menos espacio a la especificidad del comportamiento social humano. Se pretende explicar este último totalmente desde la influencia hereditaria, esto es, explicar las formas más complejas del comportamiento psicológico y social únicamente en base a la diversidad genética del hombre. Durante el debate se criticó duramente la falta de cautela de muchos profesionales de este área, negando validez científica a muchas de las analogías que éstos establecen entre la conducta animal y la humana.

En torno al tema de Filosofía y Método de la Ciencia se desarrolló la sesión IV. Este constituye, ciertamente, la parcela más extensa y elaborada de la obra de Popper. Desde la publicación en 1934 de *La Lógica de la investigación científica*, numerosos trabajos de este autor han sido dedicados al estudio de la metodología científica, perfeccionando su concepción básica que mantiene que el método de la ciencia es aquél que elabora conjeturas audaces seguidas por intentos rigurosos de refutarlas. Sin embargo, Popper no demuestra que la aplicación de este método nos permita elaborar teorías con un grado creciente de verosimilitud. Por ello se ha criticado duramente la teoría del método científico popperiano por su incapacidad de explicar que mediante su uso podemos conseguir progreso científico. Pero, para L. Briskman, que trató este problema en su intervención, no es un defecto que una teoría del método científico no sea capaz de ofrecer razones para pensar que su aplicación conducirá a la consecución de progreso científico. Para él, la epistemología popperiana no es vacía pues podemos aceptar una teoría del método científico —en este caso la popperiana— si simultáneamente especificamos el fin de la ciencia y, con ello, el concepto de progreso científico, de forma independiente a la aplicación de esa metodología.

G. Radnitzky, de la Universidad de Trier, analizó la posibilidad de rigorigar la evaluación crítica de las teorías por medio de un criterio de costes/beneficios. Un enfoque económico que, como él mismo subrayó, no pretende resolver los problemas metodológicos, pero sí aclararlos. No se trata de extender la contrastabilidad desde las hipótesis científicas a las conjeturas metodológicas, sino de rigorigar la discusión crítica de una metodología donde se evalúen los costes y beneficios de estrategias inmunizadoras frente a falsaciones potenciales. Presentó así un criterio de progreso y bondad de las teorías, propuesta muy interesante que, sin embargo, fue rechazada por algunos participantes al interpretar esta postura como una desviación del pensamiento popperiano y un regreso a posturas justificacionistas.

La conferencia de G. Andersson se centró en el estudio de una posible resolución del grave problema de la inconmensurabilidad de las teorías —que tantos quebraderos de cabeza ha ocasionado a los filósofos de la ciencia desde la aparición del famoso libro de Kuhn— a través de la comparación de tipos jerárquicamente más básicos de enunciados.

A continuación, la intervención de Luis Meana subrayó la no-equivalencia de la falsación de una teoría con su eliminación. Mientras la primera es una

cuestión puramente lógica, la eliminación es un asunto eminentemente pragmático, pues depende de una decisión práctica.

Con una ponencia presentada por Jesús Mosterín, se inauguró la sesión V que giraba en torno a uno de los tópicos más controvertidos de la filosofía popperiana: el Mundo 3. En un congreso celebrado en Amsterdam en 1967, Popper presentó su concepción del tercer mundo o, mejor, Mundo 3, que sería aquél constituido por las teorías, las ideas, los problemas y los contenidos lógicos de libros, bibliotecas..., etc. El mundo del conocimiento objetivo, en definitiva. Así, el «universo popperiano» está constituido por el Mundo 1, de los objetos o estados físicos; el Mundo 2, de los estados o procesos mentales; y el Mundo 3 o mundo de los contenidos de pensamiento objetivo. Sin embargo, los componentes, límites y localización de este Mundo 3 han sido cuestiones muy debatidas y, aún hoy, confusas.

En la primera parte de su charla, J. Mosterín realizó un análisis minucioso de este conflictivo concepto, ante el que cabría preguntarse, en su opinión, las siguientes cuestiones: ¿Pertenece a él el conjunto total de la cultura o sólo la cultura lingüística? ¿Engloba tan sólo las proposiciones expresadas o también las proposiciones posibles? ¿Goza este Mundo 3 de una autonomía total?, esto es, qué tipo de relaciones mantiene con los Mundos 1 y 2, de los objetos físicos y de las experiencias subjetivas, respectivamente. A continuación, y siempre desde una fecunda postura crítica, pasó a tratar la posición de Popper respecto al análisis de los significados de las palabras, su «aversión contra las definiciones», que Popper justifica como resultado de su antiesencialismo. Para este autor, enfrascarse en análisis de significados es el camino más corto y seguro hacia la pérdida intelectual, pues para él supone abandonar los problemas reales por mor de los verbales. Sin embargo, para J. Mosterín, mantener la vaguedad de los conceptos es una manera de inmunizar las teorías contra los intentos de refutación y, por tanto, va en contra de la propia metodología popperiana. Subrayó, en concreto, los serios problemas que afectan a uno de los conceptos básicos de ésta: el concepto de verosimilitud. Además, efectuar una aclaración conceptual en la Teoría del Conocimiento de Popper podría ayudarnos también a comprender ese confuso Mundo 3, a descubrir, por fin, quiénes son sus misteriosos inquilinos.

K. Pribam, de la Universidad de Stanford, presentó un interesante trabajo sobre algunos sistemas en los que no se cumple el segundo principio de la Termodinámica; en concreto, se centró en la mente y cerebro como realizaciones de negentropía.

En la primera parte de la sesión de clausura se abordó de nuevo el tema de la Filosofía y Método de la Ciencia, iniciándose con la intervención de J. Sanmartín. Su trabajo se centró en el análisis del tan problemático concepto de «verosimilitud», noción clave para elaborar, según él: 1) un criterio de preferencia racional entre teorías, y 2) un criterio de progreso, el permitirnos ordenar las teorías por su aproximación a la verdad. Para realizar esta tarea, el primer paso sería comparar los contenidos de las teorías en competencia, esto es, medirlos, medir los contenidos de V y F de las teorías. El estudio de J. Sanmartín pretendía demostrar que:

1) Todas las teorías falsas de un lenguaje artificial dado L tienen la misma medida de contenido de falsedad con total independencia de su longitud.

2) Esa medida es igual a la probabilidad de la Teoría cuyo contenido es el conjunto de todos los enunciados verdaderos de L.

Con una impecable rigorización formal de las definiciones ofrecidas por Popper, J. Sanmartín demostró que éstas nos llevan a un teorema que establece que $C_{\equiv}(a) = P(t)$, donde (a) es cualquier teoría formulada en el lenguaje L y T es la teoría verdadera de L cuyo contenido es V. La conclusión que hay que extraer es la siguiente: todas las teorías formuladas en el mismo lenguaje artificial tendrían a priori la misma probabilidad de ser falsadas, ya que tendrían conjuntos equipotentes de enunciados falsadores. Entonces, las diferencias de Verosimilitud entre teorías de L tienen que ver sólo con las diferencias entre sus contenidos de verdad y la «falsación» no juega ningún papel. Pero entonces, lo que cuenta a la hora de estimar la «verosimilitud» de una teoría serían fundamentalmente las confirmaciones, con lo que vamos a parar al mismo justificacionismo inductivista radicalmente rechazado por Popper. J. Sanmartín apuntó, como conclusión, la necesidad de definir más precisamente las nociones de contenido de falsedad y, sobre todo, de contenido informativo, pues el fin de la ciencia no es elaborar teorías con un gran número de consecuencias lógicas, sino de «consecuencias lógicas interesantes».

En segundo lugar, presentó su ponencia A. Rivadulla, que ofreció un panorama general del pensamiento popperiano. Fue la suya una conferencia de alta divulgación desde una posición nada divergente de la ortodoxia popperiana.

La segunda parte de esta jornada se centró, de nuevo, en un ámbito científico determinado: la Física, con reconocidos especialistas en este campo. En primer lugar, J. M. Sánchez Rón con un estudio sobre el análisis que Popper realizó el experimento de Einstein, Rosen y Podolsky, problema del que Popper se ocupó especialmente en su artículo: 'Particle Annihilation and the Argument of Einstein, Podolsky and Rosen', de 1971. El trabajo presentado por Sánchez Rón —que también trató algunos aspectos de la relación Lorentz-Einstein— fue un ejemplo de precisión y claridad expositiva. Se compaginó un conocimiento profundo del tema con una presentación sencilla y contribuciones críticas y personales.

A lo largo de su vida, Popper ha reconocido y subrayado constantemente la gran influencia que Einstein ejerció sobre su pensamiento, llegando a afirmar que quizá fuese éste el pensador que más influyó en su obra. Fue en él donde encontró por primera vez «la verdadera actitud científica»: la actitud crítica, esto es, aquélla que no pretende justificar la teoría propuesta, sino que busca sistemáticamente refutarla. La relación Einstein-Popper y, en concreto, la influencia del primero en la obra del filósofo austríaco fue precisamente el tema de la conferencia de R. S. Cohen, quien ofreció un estudio detallado y altamente documentado de esta relación. Con su intervención se cerraba este ciclo de conferencias sobre el pensamiento de K. R. Popper que contó en el acto de clausura con la presencia de Miguel Boyer, quien demostró estar al corriente de la problemática actual en Filosofía de la Ciencia.

Respecto a una evaluación global del desarrollo del Simposio, no podemos dejar de lamentarnos de algunos fallos organizativos, como el retraso en el comienzo de algunas sesiones y los reajustes del programa no avisados con suficiente antelación. En el Congreso, patrocinado, entre otros, por la revista *Teorema*, hay que destacar, sin embargo, el trabajo realizado por el Departamento de Lógica de la Universidad Complutense bajo la dirección del profesor M. Garrido, que

sigue siendo uno de los pocos filósofos españoles dispuesto a embarcarse en la ardua tarea de organizar actos que intenten despertar de su letargo a nuestra clase intelectual. Lo hizo claramente en su paso por Valencia (a destacar el Magno Simposio que en 1971 organizó sobre Filosofía y Ciencia en el P. E. C., *Actas* publicadas en Tecnos) y, al parecer, está dispuesto a proseguir en esa línea durante su nueva etapa en Madrid, como lo demuestra el hecho de que para marzo ya tenga programada una nueva reunión científica, en ese caso en torno a la figura de H. Putnam.

En lo referente a una valoración interna del Congreso, habría que diferenciar varios puntos: en primer lugar, un rasgo evidente del mismo fue la calidad heterogénea de la participación extranjera. Notables fueron los trabajos presentados por K. Pribram, R. S. Cohen y C. Radnitzky, siendo necesario también diferenciar los trabajos de L. Briskman y G. Andersson de las poco interesantes conferencias ofrecidas por W. W. Bartley y H. Albert. En segundo lugar, la característica general fue, lamentablemente, el ansia de ortodoxia; plasmada de forma extrema, y penosa, en el fanatismo del profesor Bartley, que llegó a comparar a los «heterodoxos» Lakatos y Feyerabend con Gadaffi e I. Amin. Se tradujo también en su ciega crítica del marxismo, que encontró réplica en una certera intervención de R. S. Cohen. Mantuvieron ambos una discusión que, como apuntó con agudeza J. Mosterín, recordó los viejos (y, por suerte, ya pasados) tiempos de discusión ideológica española agria y violenta. En tercer lugar, hubo escasas aportaciones de interés, a excepción de G. Radnitzky, que presentó una propuesta propia y no una mera reformulación o defensa de tesis popperianas. En conclusión, hubiese sido preferible encontrar entre los extranjeros menos panoramas y más críticas y contribuciones personales. Presentación de nuevos problemas y crítica de las soluciones tentativas para resolverlos, que son, en palabras del mismo Popper, los únicos fines intelectualmente importantes. El ansia de fidelidad —o el miedo— les hizo olvidar las propias palabras de este autor: el desafío es la única excusa que existe para dar una conferencia. Resultado: ausencia de propuestas fecundas, lo que es la mayor traición posible a un pensamiento crítico, a un autor que defendía que una actitud crítica es más valiosa que una actitud de excesivo acuerdo.

En cuanto a la participación española habría que subrayar la calidad de los estudios presentados, realizados desde una postura crítica y fructífera. En todo momento se hizo gala de una preparación al nivel de los mejores especialistas extranjeros, mostrando, asimismo, una mayor relajación anímica, que no intelectual. A destacar, sin duda alguna, la presencia de importantes científicos como C. L. Fanjul y J. M. Sánchez Rón, así como las ponencias y diversas intervenciones en debates y mesas redondas de J. Sanmartín y J. Mosterín.

Pese a las irregularidades organizativas apuntadas y el bajo interés de algunos de los trabajos presentados, una evaluación global del Simposio daría un resultado positivo. Durante tres días se analizó y discutió el pensamiento de K. R. Popper bajo el lema «el compromiso de la razón». Popper parte del supuesto de la existencia de un mundo real. A partir de aquí, la razón tiene un compromiso ineludible: llegar a descubrirlo. La única vía fructífera es el estudio tanto de la realidad física como de la social. De ambas. Esta es una meta ideal para el hombre actual, impotente frente al crecimiento de las áreas del saber y su continua parcelación y superespecialización. Quizá sea ésta una meta inalcanzable

que sólo puede actuar en nuestro quehacer intelectual como ideal regulativo, pero aún así sigue siendo ineludible. Y es un reto ante pensadores como K. R. Popper, todavía interesados por entender «el cosmos». En este sentido Popper sólo es comparable en nuestro siglo a B. Russell, a quién él mismo no duda en considerar como quizá el más grande filósofo desde Kant.

Collingwood decía que la «justa» respuesta a una pregunta es la respuesta que nos permite seguir adelante con el proceso de preguntar y responder. Desde esta perspectiva el Congreso fue fructífero. En estas jornadas se abordaron muchos problemas. Unos se contestaron; otras cuestiones permanecen abiertas. Tampoco se hallarán nunca soluciones concluyentes, porque el camino del conocimiento es, como la misma vida de Popper, una búsqueda sin término. Nunca alcanzaremos una certeza absoluta. Somos —y siempre seguiremos siéndolo— buscadores de la verdad, nunca sus poseedores. En Madrid, se mantuvo en todo momento el interés y la actitud crítica y éstos son, para Popper, los elementos que configuran el pensamiento **creativo**.

MARGA VICEDO
Universidad de Valencia.